

## 65.—SÉPTIMA PALABRA DE CRISTO, Y SU MUERTE.

PRELUDIO 1.º Con gran clamor dijo Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»; é inclinando la cabeza, espiró.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo esta palabra y exhalando su último aliento.

PRELUDIO 3.º Pide confianza en la bondad de Dios, y gratitud al Señor por la muerte que sufre.

**Punto 1.º** *Causas por qué Jesús dijo la última palabra con gran clamor.*—Clamando Jesús con grande voz, dijo<sup>1</sup>: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Acerca de lo cual has de considerar las causas de este grande clamor y grito con que dijo Jesús la última palabra. La primera fué para que se entendiese que tenía fuerza y vigor para dilatar la vida y atajar la muerte, si quisiera, y que si moría, era porque quería morir, conforme á lo que antes había dicho<sup>2</sup>: «Nadie me puede quitar la vida, si Yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo poder de dejarla y tornarla á tomar cuando quisiere». Y así, muriendo voluntariamente, hácese grandemente acreedor á tu agradecimiento. La segunda causa de tal clamor fué para declarar el natural sentimiento que tenía el alma de separarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le había hecho treinta y tres años, y cuán bien le había servido y ayudado en todas las obras de nuestra redención, y cómo estaba unido con la divinidad así como ella; de aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de Él, la cual significó con este clamor y grito, en lugar de las congojas y bascas con que otras almas se apartan de sus cuerpos. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno; porque así como Gedeón<sup>3</sup> quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas, también nuestro glorioso Capitán, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos, y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fué esta voz milagrosa, porque los crucificados, como mueren desangrados, cuando están cercanos á la muerte, están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesús usó entonces de su poder, mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. ¡Oh Salvador poderosísimo! Gracias os doy por la victoria que habéis ganado, no tanto para Vos como para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícoos que, cuando desfalleciere mi virtud<sup>4</sup>, no me desamparéis; fortalecedme entonces con la vuestra, para que, muriendo, alcance por Vos

<sup>1</sup> Luc., xxiii, 46. — <sup>2</sup> Joan., x, 18. — <sup>3</sup> Judic., vii, 19. — <sup>4</sup> Psalm. lxx, 9.

la victoria que ganasteis para mí. ¿Agradecemos á Jesús la voluntad con que por nosotros dió la vida? ¿Nos compadecemos de la aflicción de su alma santísima? ¿Nos aprovechamos de la victoria que para nosotros ganó?

**Punto 2.º** *Significación de la séptima palabra.*—En este punto has de considerar la séptima palabra, que fué: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre en señal de amor y confianza, la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de Padre, amparándonos y defendiéndonos con su protección, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas, para esto es menester que en vida hagamos con Él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece y como Jesucristo nos enseñó. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre para significar que en las manos de tal Padre, y no en otras, puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu, y en ellas nos tiene escritos<sup>1</sup> para no olvidarse de nosotros. En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvación. Lo tercero, dice que le encomienda su espíritu; no dice su hacienda, porque ninguna tiene; no su honra, porque no le da cuidado; no su cuerpo, porque no es lo que más estima; sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte depende todo lo demás, enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si tu espíritu entra en las manos de Dios, eso te basta para ser bienaventurado. Mas la caridad de Jesús no se contentó con encomendar á su Padre su propio espíritu, sino que le encomendó el espíritu de todos sus escogidos; porque, como dice san Pablo<sup>2</sup>, el que se llega á Dios es un espíritu con Él; y así encomendó también tu espíritu al Padre, suplicándole que lo tomase bajo su protección. ¡Oh dulce Jesús! Como Vos encomendáis vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mío en las vuestras que tenéis extendidas en la cruz, para abrazar á los pecadores, que se acogieren á ellas. ¡Oh, si todos se llegasen á Vos! Sin duda los abrazaríais con ternura y no los dejaríais hasta llevarlos á vuestro reino. ¿Nos encomendamos nosotros en las manos de Jesús? ¿Tenemos en Él la confianza á que es acreedor por su infinita bondad y misericordia? ¿Tenemos más cuidado del espíritu que del cuerpo y de las cosas materiales?

**Punto 3.º** *Jesús inclinó la cabeza, y espiró.*—En diciendo Jesús la séptima palabra, inclinó la cabeza, y entregó su espíritu<sup>3</sup>. Acerca de esta inclinación de cabeza, que como fué vo-

<sup>1</sup> Isai., xlii, 16. — <sup>2</sup> I Cor., vi, 17. — <sup>3</sup> Joan., xix, 30.

luntaria, así fué misteriosa, has de considerar las causas de ella, que fueron varias: Primera, para significar que moría por obediencia, inclinando su cabeza á la divina ordenación. Segunda, para declarar su humildad de corazón y su pobreza, como no tenía donde reclinarse su cabeza en la cruz. Tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte. Cuarta, para señalar el lugar del limbo, adonde su espíritu encaminaba la jornada que había de hacer para despojarle. De estas causas has de sacar afectos de agradecimiento é imitación, inclinando tu cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuiste formado, y el infierno que has merecido, adonde te aploma la carga de tus pecados, suplicando al Señor que por la inclinación de su cabeza en la cruz te conceda todo esto, para que, inclinando ahora tu cabeza con humildad, la puedas después levantar con grande confianza. Pondera luego cómo Jesús de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz y por el desfallecimiento de la sangre que por las heridas derramaba hilo á hilo sin parar; y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse y los miembros á enflaquecerse, y faltando las fuerzas, vino á espirar. ¡Oh buen Pastor! ¡Cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! ¡Oh Sumo Sacerdote! ¡Cuán buen sacrificio habéis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! ¡Oh sapientísimo Maestro! ¡Cuán alta lección de justicia y santidad habéis leído en esa cátedra! ¡Oh Redentor generosísimo! ¡Cuán copioso precio habéis dado por la redención de vuestros cautivos! Mas ¡cuánta es la ingratitud de los hombres que se atreven á ofender á un Señor tan benigno, bondadoso y abundante en misericordia! ¿Somos nosotros también reos de tamaña ingratitud? ¿Sentimos los pecados cometidos que han causado la muerte del Señor? ¿Inclinaremos en adelante la cabeza al yugo de la obediencia, sometiéndonos á la voluntad de Dios?

**Epílogo y coloquios.** Jesús había vivido como Dios, y muere como Dios. Está á punto de espirar; su rostro está pálido, sus miembros sin fuerzas, sus venas vacías de sangre, sus fuerzas acabadas; y en este momento, como si recobrase todas sus fuerzas, alza la voz, y con gran clamor dice: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Clama Jesús y da una grande y sonora voz, para demostrar que, como Dios, es dueño de perder la vida ó conservarla; para manifestar el sentimiento natural que su alma tenía de separarse del cuerpo; y para dar la señal de la victoria sobre todos los enemigos, que con su muerte quedaban todos heridos de muerte. En este instante Jesús se dirige á su Padre, puesto que á Él debemos acudir en los grandes apuros, sobre todo en la muerte; y llamándole con este dulce nombre en se-

ñal de confianza y amor, encomienda en sus manos, no su hacienda, honra, cuerpo, fama, sino su espíritu. En diciendo esto, Jesús inclina la cabeza, para significar que muere por obediencia, y que se encamina al limbo; y por la fuerza del dolor exhala su espíritu. ¡Oh muerte que da la vida al mundo! ¡Oh inclinación de cabeza que es causa que todos podamos levantar la nuestra! ¿Qué dice todo esto á nuestro corazón? ¿Deseamos poder llamar á Dios Padre nuestro en la hora de la muerte? ¿Vivimos y obramos como hijos suyos? ¿Inclinamos nuestra cabeza, obedeciendo á sus órdenes? En aquel momento terrible querriamos, sin duda, haber imitado las admirables virtudes de Jesús. Veamos, pues, ahora si lo hacemos, porque exige la prudencia que vivamos del modo que querriamos morir. Y si nos hallamos defectuosos, corrijámonos con firmes propósitos, fervorosos coloquios y encendidas súplicas.

#### 66.—MILAGROS OCURRIDOS EN LA MUERTE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Al morir Jesús, rasgóse el velo del templo, la tierra tembló y el Centurión y los que con él estaban, confesaron que era Dios.

PRELUDIO 2.º Representate estos sucesos como si te hallases presente.

PRELUDIO 3.º Pide una viva fe de la divinidad de Jesucristo.

**Punto 1.º** *El velo del templo se rasgó de arriba abajo.*— Considera cómo, luego de espirar Jesucristo en la cruz, demás de las tinieblas que habían precedido, se verificaron otros varios milagros, ordenados por Dios para declarar la gloria del que moría, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirían de su muerte. El primero de estos milagros fué que el velo del templo, que ocultaba el santuario á las miradas de los hombres, por sí solo se dividió en dos partes de alto abajo<sup>1</sup>. Pondera las causas de esta división milagrosa, que fueron dos principalmente. La una, porque, así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era Hijo de Dios, horrorizado aparentemente de lo que él reputaba por una blasfemia<sup>2</sup>, rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal del dolor y pena que bastaba para causarle la blasfemia diabólica y sacrilegio horrendo que había cometido aquel pueblo ingrato, injuriando y crucificando á su Hijo. Con lo cual te enseña que debes rasgar tu corazón de pena y aflicción, al considerar lo que por causa de tus pecados ha padecido Jesús. Otra causa de este suceso extraordinario fué para significar que por la muerte de Cristo nuestro Señor se abría

<sup>1</sup> Marc., xv, 38. — <sup>2</sup> Matth., xxvi, 65.

camino para conocer los secretos y misterios de Dios <sup>1</sup>, que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacían división entre nosotros y Dios. ¡Oh Salvador mío! Romped en mí este velo que me impide conocerlos. Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene para servirlos con perfección. ¿Cuándo, Señor, destruiréis en mí el velo de mis pecados y pasiones que me ciega para no poder contemplaros? Mas, ¿por qué no rasgamos nosotros nuestro corazón de dolor por las penas de Jesús? ¿Por qué nos cubrimos voluntariamente con el inmundo velo de nuestras culpas, privándonos de la vista de Dios? ¿Qué hemos de hacer para evitar tal locura?

**Punto 2.º** *Temblor de la tierra.*—Considera cómo, muriendo Jesús, la tierra tembló, las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron <sup>2</sup>. Estas cosas milagrosas ordenó el Señor principalmente por dos causas. La primera, para que las criaturas insensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestación de la dureza y obstinación de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusión de los que no se compadecen de la Pasión de Cristo nuestro Señor. Por lo cual tú debieras temblar y estremecerte de dolor como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz; y tu corazón debiera partirse de pena como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo se parte por medio, apartando su alma de su afligido cuerpo. Y, si esto no haces, piensa que eres más insensible que la tierra, y tu corazón más duro que un peñasco. La segunda causa fué para significar que, en virtud de la Pasión de Cristo nuestro Señor, temblarían los corazones terrenos con el santo temor de Dios, que es principio de la justificación; y por más duros que fuesen, se quebrantarían con la contrición y dolor de sus pecados, y se abrirían para descubrir en la confesión sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de resucitar con Cristo á nueva vida. De donde has de deducir cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oración los tres afectos referidos. ¡Oh Salvador del mundo! No permitáis que seamos más insensibles que la tierra, y más duros que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues, siendo nosotros los que pecamos, tenemos más razón de sentir lo que Vos padecéis por nuestro pecado. Gran confusión es para nosotros el ver las muestras de dolor que dan las criaturas insensibles por vuestra muerte, viendo la insensibilidad de nuestra alma. ¿Es acaso que no meditamos debidamente las penas de Jesús? ¿No nos convencemos

<sup>1</sup> Hebr., ix, 8. — <sup>2</sup> Matth., xxvii, 51.

que las sufre por nuestra culpa? ¿No conocemos la gravedad de ella?

**Punto 3.º** *El centurión y otros confiesan que Cristo es Hijo de Dios.*—El centurión que guardaba á Cristo, viendo estas cosas y que había espirado con gran clamor, dijo <sup>1</sup>: «Verdaderamente este hombre era justo, y era Hijo de Dios». Y los soldados que con él estaban, temieron mucho, y dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios». Y la turba del pueblo que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo de dolor sus pechos, se volvieron á la ciudad. En todo este suceso has de considerar con grande admiración y contento de tu espíritu, cómo los milagros que habían sucedido inmediatamente á la muerte de Jesús obraron los efectos que significaban, en virtud de su sagrada Pasión, moviendo los corazones de los que los vieron para que confesasen á Cristo por justo y santo; y, lo que más era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor por las injurias que le habían hecho. Y, aunque el centurión y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo había estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos; y también en virtud de la oración que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguían, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y, á imitación de esta gente, debemos nosotros herir nuestro pecho por los pecados que contra Cristo hemos cometido, suplicándole que por su Pasión nos los perdona. ¡Oh poderosísimo Jesús! Si tan pronto triunfáis de la dureza de vuestros enemigos, que apenas acabáis de espirar, ya se arrepienten de la muerte que os han dado, confesando vuestra justicia y divinidad, y su injusticia y crueldad; triunfad también de mi corazón, que por desgracia no ha sido menos duro y criminal que el suyo. Dadle á conocer la enormidad de su culpa, para que, avergonzado de ella, se hiera con la contrición interna y castigue el cuerpo con la mortificación externa, con las cuales me disponga á recibir vuestra gracia. ¿Qué debemos hacer para lograr esto? ¿Imitamos el dolor de las turbas? ¿Confesamos con nuestras obras la justicia y santidad de Jesús?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán presto empieza el Padre Eterno á cumplir la palabra que había dado de glorificar á su divino Hijo! Apenas ha acabado de exhalar el último suspiro, y ya toda la naturaleza á porfía se empeña en dar muestras de sentimiento y dolor, como si conociese que el que ha muerto es el mismo que la dió el ser. El velo que cubría el santuario, ocultándolo á las miradas de los hombres, se rasga ó parte por medio en dos partes, como si Dios rasgase su vestido horrorizado de la blasfemia y sacrilegio cometido por el hombre, asesinan-

<sup>1</sup> Marc., xv, 39; Luc., xxiii, 47.

do á su propio Hijo; mostrando al mismo tiempo que por la muerte de Cristo se nos abren las puertas del cielo y franquea la entrada en la gloria, y que los misterios de la divinidad no estarán ya velados y encubiertos, sino patentes y manifiestos. La tierra se estremece de terror, viendo á su Criador espirar en la cruz; las piedras se parten y los sepulcros se abren, anunciando el Señor por medio de estos sobrenaturales sucesos los efectos que produciría la Pasión de Jesucristo bien meditada, aun en los corazones más terrenos y duros. Porque éstos, al modo que el centurión con sus soldados y los judíos que á la sazón se hallaban en el Calvario, heridos de temor confesarán sus culpas, se quebrantarán con el dolor de ellas, disponiéndose para el perdón. ¿Reportamos nosotros estos frutos de la Pasión del Señor? ¿Cuál es la causa del escaso provecho que sacamos de su meditación? ¿Cómo es que seamos más insensibles que la tierra, más duros que los peñascos y más rebeldes que los gentiles? ¿Cómo no nos confundamos nuestra frialdad? Lloremos amargamente las penas de Jesús, los pecados por que padece, y sobre todo nuestra sequedad al meditar tales padecimientos. Propongamos con gran resolución todo esto, y roguemos al Señor que nos ayude y que se compadezca de todas las necesidades, especialmente de los pecadores.

#### 67.—LANZADA DEL COSTADO DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Habiendo pedido los pontífices á Pilatos que mandase quebrar las piernas á los crucificados, á Jesús no lo hicieron, por estar ya muerto; pero un soldado le abrió el costado con una lanza.

PRELUDIO 2.º Representate al soldado dando una lanzada á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer é imitar la caridad de Cristo.

**Punto 1.º** *Piden los pontífices que se quiebren las piernas á los ajusticiados.*—Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas á los crucificados y quitar sus cuerpos de la cruz, porque no estuviesen en ella el día siguiente, que era sábado y fiesta muy solemne<sup>1</sup>. Considera aquí la maldad de estos príncipes de los sacerdotes, los cuales, con título de fingida religión, encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas al Señor, para darle este nuevo tormento, si estuviera vivo, ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria, si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz, porque observaron que la gente se compungía de verle, y le confesaba por justo é Hijo de Dios, queriendo quitárselo de sus ojos, para obscurecer su gloria. De lo cual has de sacar un saludable temor de los juicios de Dios acerca de los obstinados y

<sup>1</sup> Joan., xix, 31.

endurecidos pecadores, á los cuales los milagros, en vez de ablandar, endurecen más y más, añadiendo pecados á pecados, para llevar adelante su intento. Pondera luego cómo accediendo Pilatos á la pretensión de los judíos, mandó á sus soldados que lo hicieran; los cuales, viniendo al Calvario, quebraron las piernas á los ladrones; mas á Jesús, como le vieron muerto, no lo hicieron. Mira cómo jamás las trazas de los hombres pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas á Cristo, en cumplimiento de la profecía que, aludiendo al cordero pascual, figura del Señor, decía<sup>1</sup>: «No le quebrantaréis ningún hueso». Con lo cual se significaba que los tormentos de la Pasión, aunque terribísimos, no quebrantarían su fortaleza y paciencia, ni menoscabarían la caridad ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarían enteras, por más que los demonios pretendiesen quebrantarlas; y lo propio sucederá en sus escogidos, si, confiados en la virtud de Cristo, luchan valerosos contra sus enemigos. ¡Oh Dios eterno! Vos que libráis á los justos de muchas tribulaciones<sup>2</sup> y guardáis sus huesos sin que se quiebre ninguno, conservad en nosotros la fortaleza en los trabajos, y guardad las virtudes interiores de nuestra alma, porque si Vos no guardáis estos huesos, pronto serán de nuestros enemigos quebrantados. Pero nosotros, ¿vigilamos los ataques de nuestros enemigos para que no nos sorprendan? ¿Tenemos nuestra confianza puesta en Dios? ¿Detestamos la pésima conducta de los judíos, á quienes los milagros endurecen?

**Punto 2.º** *El costado de Cristo fué abierto para mostrarnos su amor.*—Considera cómo uno de los soldados abrió con una lanza el costado de Cristo, acerca de cuyo misterio has de ponderar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fué otra que su crueldad y furia, para asegurarse más de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas, estando vivo. Pero, aunque el cuerpo de nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintiólo grandemente el ánima de la Virgen su Madre, la cual, por la grandeza de su amor, más estaba en el cuerpo de su Hijo que en el suyo. Y así Ella en la lanzada padeció y sintió el dolor que Él había de padecer, si estuviera vivo; y lo ofreció al eterno Padre por el cuerpo místico de su Hijo, que es la Iglesia, y consiguientemente por todos y cada uno de los que á Él pertenecemos. Pondera luego con mayor atención las causas porque Cristo no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y pies con clavos, sino también quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase

<sup>1</sup> Exod., xii, 46. — <sup>2</sup> Psalm. xxxiii, 20.

hasta su corazón; todo esto permitió en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como dijo el Señor <sup>1</sup>, salen los pecados que manchan al hombre y le condenan; y, para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. ¡Oh Salvador mío! Por la abertura de vuestro precioso costado, os suplico perdonéis los innumerables pecados que de mi corazón han procedido. Cerradle, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y abridle solamente para que de él procedan obras con que gane la vida eterna. ¿Qué obras salen de nuestro corazón? ¿Nos hemos atrevido á herir como estos crueles soldados el Corazón de Cristo? ¿No agradecemos á Jesús la herida que ha querido recibir en él por nuestro amor?

**Punto 3.º** *El costado de Jesús abierto nos descubre su amor y es nuestro refugio.*—Considera cómo por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros, había sido por puro amor y con amor, pudiendo decir lo de los Cantares <sup>2</sup>: «Llagaste mi corazón, esposa y hermana mía; llagaste mi corazón»: dos veces le llagaste, una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en ti mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. Pondera luego cómo quiso también este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugares de refugio para los erizos de los pecadores <sup>4</sup>; son madriguera para el pueblo flaco de los principiantes; son como soledad espiritual para los que, cansados del bullicio del mundo, quieren conversar con Dios, y nido donde moran con paz y seguridad los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué os pagaré las llagas que recibisteis por mi amor? ¿Por qué no llagáis mi corazón con llaga de amor y de dolor, para que os ame por lo mucho que me amasteis y me compadezca de lo que por mí padecisteis? ¡Oh Amado mío! Pues abrid vuestras llagas para que

<sup>1</sup> Matth., xv, 19. — <sup>2</sup> Prov., iv, 23. — <sup>3</sup> Cant., iv, 9. — <sup>4</sup> Psalm. ciii, 18.

moremos en ellas, de hoy más ellas serán nuestro refugio, defensa, palacio y lugar de recreación. Perdonad el olvido en que hemos estado, y ayudadnos para cumplir este nuestro propósito. ¿Nos acordamos de las llagas de Jesús? ¿Nos recogemos á ellas en las tentaciones? ¿Meditamos el amor que con las mismas nos ha mostrado?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh crueldad endemoniada! ¡Oh diabólica obstinación de los judíos! Jesús ha entregado ya su espíritu; su cuerpo está colgado en la cruz; y, no satisfecha todavía su saña contra el Redentor con las crueldades que en Él han ejecutado estando vivo, desean cebarse en su cuerpo muerto; y así piden á Pilatos que mande que le quebranten las piernas. ¡Ay del hombre endurecido, á quien nada conmueve, ni los favores, ni las amenazas, ni los milagros, ni los castigos! ¿Pero, qué podrá el hombre contra el consejo de Dios? Nada; el Señor ha dicho y mandado que no quebrantasen ningún hueso á este Cordero pascual; y por más que lo pretenden sus enemigos, no se hace; y su cuerpo se conserva íntegro, como íntegro se conservó su espíritu, sin flaquear en ninguna de las virtudes que le ennoblecieron. Mas, Jesús consiente en que su cuerpo sea injuriado, y así no se opone á que un soldado cruel levante la lanza y le abra el costado, deseando por esta nueva injuria expiar los pecados de nuestro ingrato corazón; ostentar y patentizar el amor inmenso que nos profesa, y prepararnos dentro de su mismo Corazón una morada segura, un refugio inexpugnable, un precioso gabinete en donde podamos recogerlos para defendernos de nuestros enemigos, descansar de nuestras fatigas, y entregarnos al dulce ocio de la contemplación. ¡Oh bondad infinita de Jesús! ¿Nos aprovechamos de sus favores? ¿Nos recogemos á meditar en lo secreto de su Corazón? ¿Deploramos allí la ingratitud de los hombres? ¿Lloramos en aquel lugar nuestras culpas y pecados? ¡Ah! ¡Cuán poco nos acordamos de las llagas y heridas de Jesús! Nosotros no sabemos olvidar las injurias que nos hacen, y apenas acertamos á pensar en las que Jesús por nuestro amor recibe. Volvamos sobre nosotros mismos; y, deseosos de remediar tan punible descuido, formemos propósitos, pidamos gracia para ponerlos en obra, sin olvidarnos de las demás necesidades.

#### 68.—SANGRE Y AGUA QUE SALIÓ DEL COSTADO ABIERTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Abierto el costado de Cristo, salió de la herida sangre y agua, por varias causas misteriosas.

PRELUDIO 2.º Representémonos con viveza este hecho.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de corresponder á la caridad de Jesús.

**Punto 1.º** *Quiso Jesús que saliese sangre y agua de su costado, para descubrirnos su caridad.*—Considera cómo, lue-